

padres lo que debian practicar mientras bajaba su reverencia. Escribió al reverendo padre guardian dándole noticia de lo sucedido con las mismas cartas que recibió de los padres de San Juan Capistrano y de la de San Diego que quedó con vida. Asimismo escribió al excelentísimo señor virey comunicándole la noticia, añadiéndole que no por lo sucedido descaecian de ánimo los misioneros; antes bien los animaba envidiando la dichosa muerte que habia logrado el dichoso venerable hermano y compañero el padre fray Luis Jaime.

Que solo sentia su reverencia las resultas de dicho acaecimiento, así de los castigos que tal vez se intentarían con los pobres é ignorantes indios que hubiesen concurrido al hecho, como tambien el que se dilatase el volver á poner la mision de San Diego en el propio sitio, é igualmente sentiria se difiriese la fundacion de San Juan Capistrano; pero que esperaba de su experimentada clemencia que usaria de misericordia con los indios dieguinos que hubiesen concurrido á la muerte del difunto padre, que no dudaba fuese influjo del infernal enemigo y por falta de conocimiento; que juzgaba conduciria mucho el usar de misericordia para atraerlos á nuestra religion católica, tan piadosa y benigna.

Y que igualmente confiaba en el fervoroso y católico celo de su excelencia, que tomaria con mas fervor la reedificacion de la incendiada mision y la fundacion de la de San Capistrano, para que el enemigo no saliese con sus infernales intentos. Que lo dicho se podria conseguir y evitar semejantes atrasos, aumentando las escoltas de las misiones; que viendo los indios mas fuerzas para la defensa, se contendrian y se conseguiria con toda paz el intentado fin de su reduccion y eterna salvacion de sus almas. Estas cartas remitió su reverencia al presidio, suplicando al comandante que desde San Diego las despachase con sus pliegos á Méjico, ínterin lograba el bajar á San Diego, que mucho lo deseaba.

Salió de Monterey el comandante Rivera con tropa el dia 16 de diciembre, visitando de paso las dos misiones de San Antonio y San Luis; y aunque en ellas no halló novedad en los indios, añadió en cada una un soldado mas de escolta por lo que podia suceder; y siguiendo su viaje llegó á la de San Gabriel dia 3 de enero de 1776.

Quiso nuestro Dios y Señor de los ejércitos, que el dia siguiente 4 de enero llegase á aquella mision el teniente coronel don Juan Bautista de Anza, que venia de Sonora de órden de su excelencia, cruzando el rio Colorado, conduciendo la tropa y familias para poblar el puerto de nuestro padre San Francisco, de que hablaré después, con cuya llegada se vió el comandante Rivera con el socorro de cuarenta soldados con un oficial teniente capitán, y el comandante de la expedicion

del señor Anza. Trataron los dos comandantes de lo sucedido en San Diego, y resolvieron de pasar ambos con la tropa, dejando en San Gabriel el teniente con algunos soldados y todos los pobladores agregados y arrieros con las recuas, á San Diego á pacificar y á prender las cabecillas. Así lo practicaron, y desde allí dieron cuenta á su excelencia, con cuyos pliegos fueron las cartas del venerable padre presidente. Y viendo que no habia necesidad de la tropa, determinaron los comandantes el que siguiese la expedicion para Monterey, y que solo quedasen doce soldados de los venidos de Sonora, para subir después con el comandante Rivera, y con todos los demás soldados se volvió el señor Anza para San Gabriel, y de allí subió para Monterey, como diré con mas extension en su lugar. Interin paso á referir, adelantando la noticia por el hilo de la historia, las eficaces providencias que dió el excelentísimo señor virey en cuanto recibió la noticia de lo acaecido en San Diego.

En cuanto su excelencia recibió las cartas de los comandantes, que le escribieron de San Diego lo sucedido en la mision y obrado por ellos, echó menos la carta del reverendo padre presidente; pero lo atribuia á la distancia de ciento setenta leguas que se hallaba su reverencia de San Diego, de donde salió el correo, aunque después vió no habia sido la causa sino el haberse adelantado unos dias á la carta del venerable padre presidente, que tenia la fecha dos meses antes que las de los comandantes; pero no obstante que dicho excelentísimo señor no habia recibido dicha carta, le escribió una consolatoria con la noticia de las providencias que tenia dadas, de cuya original saco esta

COPIA.

“No puedo expresar á vuestra reverencia el sentimiento con que me dejan los tristes sucesos de la mision de San Diego, y la trágica muerte del padre maestro fray Luis Jaime, de que me han dado cuenta desde aquel presidio el comandante D. Fernando Rivera y Moncada, y el teniente coronel D. Juan Bautista de Anza, los cuales hubieran sido mayores acaso, á no haber acaecido la oportuna llegada á San Gabriel de este oficial con las familias destinadas para Monterey.

“Las disposiciones que estos oficiales dieron entonces así para el seguro de San Diego, como para la de San Gabriel y San Luis fueron prudentes, y las que debian dictarse con respecto á los daños futuros, y así se lo manifesté al comandante Moncada. Este me da noticia de la aprehension de algunos de los sindicados en la maldad, y me hace confiar de volverlo á dejar todo pacífico con el escarmiento de los mas agresores, de que ya habia cogido alguno. Yo lo espero así; pero como

“este atentado me hace conocer lo poco que puede fiarse de los indios catequizados, cuanto mas de los gentiles, cuando unos y otros se unen á cometer daños; he dado órden á D. Felipe Neve, gobernador de la península, reclute en ella, si fuere posible, veinticinco hombres que pide D. Fernando de Rivera para reforzar las tropas de su cargo, que los remita luego armados.

“El arribo de los paquebotes el Príncipe y San Carlos, que navegan á esos destinos desde el dia 10 de este mes, no podrán menos que contribuir al sosiego y tranquilidad de los naturales, al paso que faciliten la ocupacion del puerto de San Francisco; y como de ellos querrán acaso quedarse algunos individuos con plazas de soldados, he dispuesto tambien se les asiente con destino á reforzar el presidio de San Diego; y para que no lo impidan los respectivos comandantes, acompaño á don Fernando Rivera carta credencial, en cuya vista se presentarán con gusto ambos oficiales á este servicio.

“Además de lo dicho, debe el comisario de San Blas don Francisco Hiosa hacer diligencia en aquellas inmediaciones de otras reclutas, y si los consigue, han de remitirse habilitados de armas y lo necesario al citado señor gobernador Neve en la misma lancha que lleva estos pliegos para que por sí disponga los auxilios que le prevengo.

“Yo no me olvido sin embargo de otros que se presenten oportunos, y quedo en dar al efecto cuantas disposiciones convengan; y en este supuesto espero que vuestra reverencia, ofreciendo á Dios la desgracia, en nada altere su apostólico celo, antes bien confie de ver mejorada por ella la constitucion de estos establecimientos, á que no dudo contribuirá vuestra reverencia animando á los demás padres á no temer los riesgos con presencia de la tropa que se aumenta.—Dios guarde á vuestra reverencia muchos años.—Méjico, 26 de marzo de 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Serra.”

A los ocho dias de haber escrito su excelencia la antecedente carta, recibió la del reverendo padre presidente, que dije al principio, le sirvió de gran consuelo á su excelencia, y luego le respondió concediéndole cuanto pedia, como se ve en el contenido que dice:

COPIA DE LA CARTA DEL SEÑOR VIREY.

“En fecha de 26 de marzo anterior manifesté á vuestra reverencia, sin presencia de su carta de 15 de diciembre último, que ha entregado después el reverendo padre guardian de este colegio apostólico, el sentimiento grande que me habia inferido el triste desgraciado suceso

“de la mision de San Diego, y las disposiciones que por de al pronto dicté para ocurrir al remedio posible de los daños que pudieran seguirse de no reforzar con tropa aquel presidio y misiones; y ahora con vista de ella y de las prudentes cristianas reflexiones que vuestra reverencia expone, inclinándose á que conviene mas tratar de atraer los neófitos rebelados que de castigarlos, contesto á vuestra reverencia que así lo he dispuesto, mandando en esta propia fecha al comandante don Fernando Rivera y Moncada que la practique, atendiendo á que es el medio mas oportuno á la pacificacion y tranquilidad de los ánimos, y acaso tambien á que se reduzcan los gentiles vecinos, viendo que experimentan afabilidad y buen trato, cuando por su exceso no dudarán ver el castigo y la desolacion de sus rancherías.

“Prevengo tambien á ese jefe que el principal objeto del dia, es el restablecimiento de la mision de San Diego y la nueva fundacion de San Juan Capistrano; aquella en su propio paraje de su situacion, y esta en el que se habia ya proyectado antes del indicado suceso; en el concepto de que los veinticinco hombres mandados reclutar en la antigua California con destino á la mejor custodia de aquellos establecimientos, deben servir para refuerzo del presidio y para que según lo gradúe oportuno en la actual constitucion, ponga competente escolta en las dos citadas misiones de San Diego y San Capistrano, ínterin que restituido el teniente coronel don Juan Bautista de Anza y que me lleguen nuevos avisos, se dan las demás disposiciones convenientes.

“De todo lo cual hago partícipe á vuestra reverencia para satisfaccion y consuelo, esperando que á impulsos del apostólico celo que le anima por el bien de esas reducciones, contribuirá vuestra reverencia á hacer efectivas mis providencias, seguro de que estoy dispuesto á franquear por mi parte cuantos auxilios sean posibles, porque hasta ahora se han continuado en esas distancias con tanto fruto y ventajitas. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años.—Méjico 3 de abril de 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Padre fray Junípero Serra.”

Si estas dos cartas las hubiese recibido el venerable padre Junípero luego de escritas, no habria tenido tanto que padecer, como veremos en el siguiente capítulo, pues la mucha distancia é indispensable demora le sirvieron de un prolongado é incruento martirio.



CAPITULO XLII.

BAJA EL VENERABLE PADRE JUNIPERO A SAN DIEGO: TRATA DE RESTABLECER SU MISION, Y SE LE FRUSTRAN LOS DESEOS Y DILIGENCIAS.

Desde el mismo instante que llegó la noticia de lo acaecido en la mision de San Diego, estaba el venerable padre presidente con vivas ansias de bajar á dicho puerto; pero se le frustraron los deseos por lo que queda expresado en el capítulo anterior último, ya por la prisa del comandante Rivera, como por la venida de la expedición de Sonora; siendo el fin de sus anhelos el volver á reedificar la mision incendiada. Medio año estuvo privado de poder cumplir sus deseos, hasta que dispuso Dios que los paquebotes viniesen á Monterey, y que el paquebot el Principe, dejada parte de la carga, bajase con la demás para San Diego, y en él se embarcó el 30 de junio, y con doce dias de navegacion llegó á San Diego, y desembarcó su reverencia con otro misionero, el padre fray Vicente Santa María, que habiendo venido con los barcos, lo llevó consigo para ocuparlo en una de aquellas misiones.

Encontró el venerable prelado que vivian en el presidio los tres padres, los dos de San Capistrano y el que habia quedado con vida de la de San Diego. Después de haberlos consolado y animado, le expresaron no tener mas desconsuelo que el ver no se daba mano á nada y que se estaban ociosos. Preguntóles cómo estaban los indios, si habia habido mas novedad, y le respondieron que no, pues el señor comandante ya habia escrito á su excelencia que ya todo estaba pacificado, que ya tenian asegurados las cabecillas y los querian despachar para San Blas con el barco, para que allí se les diese el merecido castigo.

Enterado su reverencia de todo, procuró consolar á los padres, y con su gran paciencia y mucha prudencia esperó que se fuese acabando la descarga del barco, y cuando vió se iba concluyendo, habló al comandante del navío don Diego Choquet, diciéndole si los misioneros podrian ir á ayudar á trabajar á la mision del santo de su nombre. Que de Dios recibirian él y los marineros el premio; que su excelencia lo tendria muy á bien. Respondió como caballero, que con mucho gusto, que no solo los marineros, sino que él tambien de peon. Conseguida esta respuesta tan cristiana, habló por papel, para mas facilitar, al comandante de tierra, diciéndole que en atencion á la detencion del barco hasta mediados de octubre y de ofrecerle el señor capitan la tripulacion para la reedificacion de la mision, le supplicaba por la escolta de la mision para pasar á dar mano á la obra. En vista de él, aprontó un cabo y cinco soldados dispuestos, y todo para la

marcha, que fué el dia 22 de agosto de dicho año de 76.

Fué á dar principio á la obra del venerable padre presidente con dos misioneros, el capitan del barco con uno de los pilotos, el contramaestre y veinte marineros, todos armados con armas blancas y de fuego para cualquier evento. Fueron tambien todos los indios neófitos capaces de trabajar, y fué el cabo con los cinco soldados. Llegados al sitio, distribuyeron la gente, que completó el número de cincuenta peones, á mas de rancheros y cocineros. Empezaron unos á acarrear piedra, otros á abrir cimientos y otros á hacer adobes, sirviendo de sobrestantes no solo el piloto y contramaestre, á cuyo fin habian ido, sino tambien los padres y el capitan del paquebot.

Iba la obra con tanto calor y trabajaban con tanto gusto, que segun lo que hicieron en dos semanas, todos daban por cierto que antes de la salida del barco quedaria concluida la obra, amurallada con pared de adobes; pero el enemigo tiró á impedirlo no por medio de los gentiles, pues ni siquiera uno se asomó por todos los contornos, sino que el comandante de tierra, el dia de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, que estaba el venerable padre presidente en el presidio, sin que el comandante Rivera le hablase lo mas mínimo, salió para el sitio de la mision, y llamando á solas al comandante del barco, le dijo que corrian voces de que los gentiles querian dar otra vez á la mision, y así que convenia se retirase con su gente á bordo; que él daba la orden al cabo para que con los soldados se retirase al presidio. Me hará favor, prosiguió, de avisar á los padres que yo no se los digo porque conozco lo har de sentir.

No pudo el capitan del barco con toda su viveza, alcances y eficacia hacerlo desistir, preguntándole si ya habia hecho la diligencia para indagar la verdad; y diciéndole que no, que solo viendo se repetia el dicho de los indios, sin duda seria verdad. Pues, señor, le replicó, la otra vez que corria dicha voz antes de venir á la obra, mandó hacer la diligencia por el sargento, y se halló ser mentira, pues se hallaron las rancherías muy quietas, los indios muy compungidos y arrepentidos del hecho: que mandase hacer la diligencia, que con tanta gente armada que allí estaba, no habia que temer: que le parecia mas al caso, si se hallaba algun recelo, el que se aumentase la escolta con mas tropa, que no retirarla en descrédito de las armas españolas. Estas razones en lugar de convencerlo, lo enconaron mas, y dejando la orden estrecha para que se retirasen, se marchó para el presidio.

Comunicó el señor capitan del barco á los padres la orden que habia dado el dicho comandante de tierra, refiriéndoles las razones que le habia propuesto para que desistiese, pero que no habia podido convencerlo. Ya veo, dijo, que no

hay motivo para la retirada y que es un grande bochorno; pero no quiero pleitos con este hombre, y así determino que nos váyamos. Mucho lo sintieron los padres, y mas que todos el venerable padre presidente. Luego que vió la retirada, quedándose como fuera de sí, sin tener mas voces ni palabras con que desahogar la pena del corazon, que el decir: hágase la voluntad de Dios, quien solo lo puede remediar, encargó á los padres lo encomendasen á nuestro Señor.

No fué menor el sentimiento que tuvo su excelencia en cuanto tuvo la noticia del hecho, que se la comunicó el capitan del barco en cuanto llegó á San Blas. De modo que luego despachó su excelencia orden al gobernador de la provincia, que residia en Loreto en la antigua California, para que luego mudase su residencia á Monterey y el capitan Rivera se retirase á Loreto; lo que comunicó su excelencia al venerable padre presidente con carta larga y extensiva, con fecha 25 de diciembre del propio año de 76, de la que saeco las siguientes cláusulas, con las que comunicó á su reverencia los estrechos encargos que hace al señor gobernador.

COPIA DE LA CARTA.

“No dudo que la suspension del restablecimiento de la mision arruinada de San Diego causaria á vuestra reverencia mucha pena respecto de que á mí me ha causado displicencia el saberlo solo; cuanto mas los frívolos motivos que coincidieron, de que me ha instruido la carta del teniente de navío don Diego Choquet, comandante del paquebot el Principe.

“Supongo que con el arribo de los veinticinco hombres mandados por mí reclutar para refuerzo de la tropa de aquel presidio, se dedicaria don Fernando de Rivera á evacuar esta importancia y erigir al propio tiempo la mision de San Juan Capistrano en el paraje antes elegido; pero si no se hubiese verificado, no dude vuestra reverencia que el gobernador de esas provincias, á quien va el encargado de residir en ese presidio de Monterey, hará todo esto si no lo ha ejecutado, muy á gusto de vuestra reverencia por el celo que le anima del servicio y por las demás cualidades que le adornan.

“Le instruyo y prevengo de cuanto debe procurarse para fomento de estas adquisiciones, encargándole estrechamente que no estando verificado el restablecimiento de la mision de San Diego, y la fundacion de San Capistrano, se dedique luego á hacerlo efectivo, y le prevengo lo mismo que antes á don Fernando de Rivera en cuanto á que no se castiguen las cabecillas ó autores del pasado movimiento, por si la piedad con que se les trata cuando merecian la última pena, les escarmienta y hace entrar en conocimiento para vivir dóciles y quietos.

“Una de las cosas que tambien encargó estre-

chamente, es la ereccion de la mision de Santa Clara en la cercanía del presidio de San Francisco con esta advocacion; y aunque doy la orden para que á estas subsigan las dos que vuestra reverencia pide como precisas en el canal de Santa Bárbara, y otra en el terreno que intermedia entre ese establecimiento y aquel para asegurar la comunicacion, convendrá suspenderlo para mas adelante, y cuando las otras se hallen perfectamente establecidas; bajo cuyo concepto puede decirme vuestra reverencia por el regreso de los buques los utensilios que sean necesarios para ellas, á fin de determinar su envío, acordando en el ínterin la ereccion de las demás, con preferencia, que desde luego concibo deben tener las de Santa Bárbara ya meditadas, para reducir la mucha gentilidad que puebla el terreno.

“El gobernador don Felipe Neve está encargado de consultarme y proponerme cuanto convenga conveniente y preciso á hacer felices esos establecimientos; y como tambien lo está de que para todo use de los acuerdos de vuestra reverencia, espero que continuando con aquel fervoroso celo que preocupa el ánimo de vuestra reverencia por la propagacion de la fe, conversion de las almas y extension del dominio del rey en esas remotas distancias, se ponga cuanto parezca asequible, consultándome lo que se necesite para proporcionar con mis providencias su efectivo logro. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años. Méjico, 25 de diciembre de 76.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junipero Serra.”

Si estas providencias tan favorables para la propagacion de la fe y cartas tan consolatorias de su excelencia hubieran llegado á manos del fervoroso padre Junipero tan breve y tan á continuacion como aquí las inserto (para llevar el hilo de la historia), no habria su reverencia padecido como padeció, pues la demora de ellas por la mucha distancia de Méjico le affigia en gran manera su corazon, aunque siempre muy resignado á la divina voluntad, en cuyo servicio y para gloria del Señor padecia un incruento martirio, pues cualquiera providencia que veia dar por el comandante de estos establecimientos que impedia ó retardaba la conversion de los gentiles, era una saeta mas aguda que las que quitaron la vida al venerable padre fray Luis Jaime; y la que se dió para que se suspendiese la reedificacion de la mision de San Diego no fué de las menores que recibió en su corazon el venerable y fervoroso prelado; pero viendo que en lo humano ya no hallaba recurso, ocurrió á Dios, como Señor de esta viña, para que lo remediase, pidiéndoselo en los santos sacrificios y oraciones, encargando á los padres hiciesen lo propio; y en breve le dió el Señor el consuelo, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XLIII.

LLEGA SOCORRO DE TROPA Y FAVORABLES ÓRDENES CON QUE SE LOGRA EL RESTABLECER LA MISION DE SAN DIEGO Y LA FUNDACION DE SAN JUAN CAPISTRANO.

A los 21 dias de suspendida la obra de la reedificacion de la mision de San Diego, llegaron por tierra á aquel presidio por la antigua California los veinticinco soldados que remitia su excelencia para reforzar la tropa, y por el cabo de ellos recibió el venerable padre presidente las dos cartas tan consoladoras de su excelencia que quedan ya copiadas en el capítulo 41. Estas felices noticias que recibió el venerable padre presidente el dia 29 de setiembre, fiesta del gloriosísimo príncipe san Miguel (concedida nuevamente por su santidad patron de todas las misiones del colegio), causaron suma alegría al fervoroso padre, que quiso expresarla con un solemne repique de campanas y el dia siguiente con misa cantada en accion de gracias por este beneficio, encargando á los padres hiciesen lo mismo en las misas rezadas y que pidiesen á Dios por la salud y vida del excelentísimo y fervoroso señor virey.

Enterado el comandante don Fernando Rivera de las superiores órdenes de su excelencia, puso luego en libertad á los indios presos que queria con el barco despachar para San Blas, y aprontó la escolta de doce soldados para la mision de San Diego, para que se fuese á la reedificacion de dicha mision; y para la fundacion de San Capistrano nombró diez y un cabo, y añadió dos a la de San Gabriel, y los restantes quedaron para el presidio, que quedó con la fuerza de treinta hombres; y no queriendo presenciar dichas fundaciones, subió para Monterey con los doce soldados de las misiones de nuestro padre San Francisco.

En cuanto el fervoroso padre Junípero se vió con los auxilios que necesitaba, sin pérdida de tiempo pasó á la reedificacion de la mision de San Diego con otros dos misioneros, mudándose al sitio con todos los neófitos de dicha mision, y empezó con todo empeño la obra, trabajando los neófitos con mucha alegría, y con tal esfuerzo, que en breve dieron muestras de que no tardarian en poner en buen estado la mision. Puestos en corriente, dejando en la obra á los dos misioneros, se retiró su reverencia al presidio á disponer para la de San Capistrano; y supuesto que en breve saldría el barco, se puso á escribir á su excelencia, dándole las gracias así del perdón de los indios que habia enviado para que se pusiesen en libertad, como del aumento de la tropa y de las demás órdenes y providencias que habia enviado, y que en cumplimiento de ellas quedaba ya corriente la obra de San Diego con

mucho gusto de los indios; y que luego de salido el barco pasaria á fundar la de San Juan Capistrano.

Así lo practicó llevando consigo los dos misioneros, el padre lector fray Pablo Mugartegui y el padre fray Gregorio Amurrio y todos los avíos pertenecientes á ella, escoltados de un cabo con diez soldados, llegaron al sitio en donde hallaron enarbolada la cruz y desenterraron las campanas, á cuyo repique ocurrieron los gentiles muy festivos de ver volvian á su tierra los padres. Hizose una enramada, y puesto el altar dijo en él el venerable padre presidente la primera misa. Deseoso de que se adelantase la obra, tomó el trabajo de pasar su reverencia á la mision de San Gabriel á fin de traer algunos neófitos para ayuda de la obra, algun socorro de víveres para todos y el ganado vacuno que allí estaba.

Regresando para la nueva mision con dicho socorro, quiso adelantarse de las cargas para llegar mas breve, y se fué con un soldado que conducia el ganado, y con un neófito de San Gabriel. A la medianía del camino, como diez leguas de la mision, se vió en evidente peligro de que lo matasen los gentiles, y segun su reverencia me contó la primera vez que después nos vimos, creyó ciertamente que lo mataban, porque les salió al camino un gran peloton de gentiles, todos embijados y bien armados, con sus espantosos alaridos, enarcando sus flechas en ademán de matar al padre y al soldado, con el interés sin duda de quedarse con el ganado. Librólos Dios por medio del neófito, que viendo la accion de los gentiles les gritó que no matasen al padre, porque atrás venian muchos soldados que acabarian con ellos. Oyendo esto en su propia lengua é idioma, se contuvieron, los llamó el padre y se le arrimaron todos ya convertidos en mansos corderos, los persignó á todos, como siempre lo acostumbró, y después les regaló con avalorios (cuentas de vidrio que estiman mucho) y los dejó ya hechos amigos, y prosiguió su camino sin la menor novedad mas que la fatiga del viaje y el dolor del pié. Llegó al sitio de la nueva mision, y con el socorro de peones y víveres, se dió mas calor á la obra material.

Es el sitio de la mision muy alegre y con buena vista, pues desde las casas se ve la mar y los barcos cuando cruzan, pues dista de la playa como media legua, con buen fondeadero para las fragatas y resguardadas en el tiempo que vienen los barcos; que en este tiempo que reinan los sures no estarian muy seguras por estar abierto y descubierto por dicho rumbo; pero por el Norte y demás laterales están seguros los barcos por una tierra alta que sale muy afuera formando una ensenada nombradas de los Marítimos de San Juan Capistrano, la que tiene un estero mediano al que vacia el arroyo de agua buena que corre por el lado de las casas de la mision; cerca del estero desembarcan las cargas de dicha mision y las de San

Gabriel, con lo que se ahorran de haber de ir hasta el puerto de San Diego á trasportar con mulas los avíos.

Hállase situada la mision en la altura del Norte de 33 y medio grados, distante de la mision y puerto de San Diego veintiseis leguas y de la de San Gabriel, rumbo al Noroeste diez y ocho leguas. El temperamento es bueno logrando sus calores en el verano y sus frios en el invierno, y hasta ahora se ha experimentado sano; á su tiempo hay lluvias, y ayudados del riego con el agua de dicho arroyo, consiguen abundantes cosechas de trigo y maiz, legumbres de frijol, etc., no solo lo suficiente para la manutencion de los neófitos, sino que les sobra para socorrer á la tropa á trueque de ropa para ayudar á vestirse. Logra tambien buenos pastos para toda especie de ganados, que se han aumentado mucho.

Habiendo reparado desde el principio de la fundacion que toda aquella estaba matizada de parras silvestres que parecian unas viñas, dieron en sembrar unos sarmientos mansos traídos de la antigua California, y han conseguido ya el lograr vino, no solo para las misas, sino tambien para el gasto, como asimismo de frutas de Castilla, de granadas, duraznos, melocotones, membrillos, etc., y logran muy buenas hortalizas, etc.

Con el auxilio del intérprete que de San Gabriel llevó el venerable padre presidente y fundador, como desde luego se les pudo decir, el fin principal que los traia á venir á vivir entre ellos, que era á enseñarles el camino del cielo, á hacerlos cristianos, para que se salvaran, etc.; que de tal manera lo entendieron y se les impresionó, que luego empezaron á pedir el bautismo, de modo que segun escribieron al principio los padres: que así como los gentiles de las otras misiones habian sido molestos en pedir á los padres cosas de comer y otros regalitos, los de San Juan Capistrano eran molestos en pedir el bautismo, haciéndoseles largo el tiempo de la instruccion, y por esto y con dicho auxilio se dió calor á la obra espiritual, y en breve lograron los primeros bautismos, y se fué aumentando el número de ellos, de modo que cuando murió el venerable padre fundador fray Junípero, contaban ya cuatrocientos y setenta y dos naturales de aquel sitio y rancherías comarcanas, y luego después de su ejemplar muerte fué en gran manera aumentando el número.

Pues habiendo yo escrito á todos la noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, y que poco antes de morir me habia prometido que si lograba el ir á ver á Dios le pediria por todos nosotros, y para que se logre la conversion de los gentiles; me respondió el dicho padre lector fray Pablo Mugartegui: "Parece que ya veo se va cumpliendo la promesa de nuestro venerable padre Junípero, pues en estos tres meses últimos hemos logrado mas bautismos que en los tres años, y continúan en el catequismo gra-

cias á Dios, y confiamos en el Señor se logrará la conversion de los demás."

Era tanta la sed del venerable padre Junípero de la conversion de las almas, que ni el ver radicada la mision de San Diego, ni la fundacion de la de San Capistrano lo saciaban, y lo tenían con mucho cuidado las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, de las que por la mucha distancia de cerca de doscientas leguas, no habia tenido la menor noticia; y para salir de este cuidado y dar mano á su fundacion en caso de no haberse efectuado, se encaminó para Monterey, visitando de paso las tres misiones de San Gabriel, San Luis y San Antonio, teniendo el gusto de verlas con grandes aumentos en lo espiritual y temporal, y á sus ministros muy contentos, y logró la ocasion de bautizar algunos catecúmenos para dejar en todas partes hijos, y gastando en dichas tareas apostólicas seis meses, llegó á su mision de San Carlos con el mérito de tantos trabajos por el mes de enero de 1777, y tuvo á la llegada el complemento de sus deseos con la noticia de quedar ya fundadas las dos misiones de este puerto, de las que hablaré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLIV.

PROVIDENCIAS QUE PARA LAS FUNDACIONES DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO DIÓ EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY.

Uno de los puntos que el venerable padre Junípero pidió á su excelencia estando en Méjico fué, que tuviesen efecto las dos misiones de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, proyectadas desde el año de 70. Y viendo su reverencia que en el provisional reglamento que se habia formado, no solo no se hablaba de tales misiones, antes parecia se cerraba la puerta á nuevas fundaciones, se estrechó con su excelencia haciéndole presente las muchas conversiones que se lograrían con dichas fundaciones. Como ya por la frecuente conversacion que dicho señor habia tenido con el fervoroso padre, se le habia prendido en su noble corazon el fuego de la caridad acerca de la conversion de los gentiles, lo consoló diciéndole que descuidase, que dichas misiones corrian á su cuenta: que la real junta tuvo presente el corto número de tropa que habia en los establecimientos y la dificultad de trasportarla: que encomendase á Dios se lograra el abrir paso por el rio Colorado, que conseguido, se lograrían no solo las dos dichas, sino las demás que se juzgasen convenientes. Quedó con esto consolado, pidiendo á Dios el feliz éxito de la expedicion de D. Juan Bautista de Anza, y quiso nuestro Señor que viese el paso abierto aun an-

tes de llegar su reverencia á su mision de San Carlos, como queda dicho en el capítulo 31.

En cuanto llegó á Méjico el capitán Anza, que dió cuenta á su excelencia de su comision y de que quedaba descubierto el paso del rio Colorado y abierto camino desde Sonora á Monterey entre muchas naciones de gentiles, que todas se habian manifestado amigas. Enterado de todo el viaje el excelentísimo señor virey, mandó al mismo capitán se dispusiese para segunda expedicion, y que pidiese todo lo necesario para reclutar de las provincias de Sinaloa y Sonora treinta soldados de cuera que fuesen casados, para llevar todas sus familias, y que á mas de los dichos habia de reclutar otras familias de casados para pobladores, que llegados á estos establecimientos pudiesen formar pueblo, y para los gastos que se ofrecian para el efecto de la recluta y trasporte desde sus provincias y casas hasta Monterey, libró á las cajas reales, que le franquearon cuanto pidió, y salió de Méjico para dar cumplimiento á esta segunda expedicion á principios del año de 1775.

No quiso el excelentísimo señor virey privar de esta noticia al venerable padre presidente, así para que la tuviese adelantada como para que encomendase á Dios el feliz éxito de la expedicion, y así se lo comunicó por carta de 15 de diciembre de 1774, encargándole nombrase cuatro misioneros para ministros de las dos misiones que se habian de fundar de nuestro padre San Francisco y Santa Clara, bajo la sombra de un presidio que se habia de establecer en el puerto de San Francisco.

Recibió el venerable prelado esta alegre noticia el 27 de junio de 75, por el paquebot San Carlos, cuyo capitán era el teniente de navío de la real armada don Juan de Ayala: traia la orden de que dejada en Monterey la carga de víveres y memorias, pasase al puerto de San Francisco á registrarlos, á fin de ver si tenia entrada por la canal ó garganta que de tierra se habia visto. Así lo practicó, con la felicidad de que á los nueve días de salido del puerto de Monterey, llegó al puerto de nuestro padre San Francisco: halló en la canal bastante fondo, que entraron de noche con toda felicidad. Tiene la garganta de largo una legua corta, y de ancho un cuarto de legua, y en partes mas; la entrada sin barra y con fuertes corrientes para entrar y salir segun la creciente ó menguante del mar.

Adentro hallaron un mar mediterráneo con dos brazos, el uno que interna rumbo al Sueste como quince leguas, de tres, cuatro y cinco leguas hacia el Norte, y dentro de este hallaron una grande bahía quasi de diez leguas de ancho, de figura redonda, en la que vacía el grande rio de nuestro padre San Francisco, que tiene de ancho un cuarto de legua, que se forma de unos cinco rios, todos caudalosos, que culebreando por una grande llanada, tan dilatada que forma hori-

zonte, todos se juntan y forman dicho rio Grande, y toda esta inmensidad de agua va á vaciar por la dicha garganta al mar Pacífico, que es la ensenada llamada de los Farallones.

Mantúvose el paquebot en este puerto cuarenta días, y lograron hacer el registro á toda satisfaccion con la lancha, comunicando con muchas rancherías de gentiles, todos mansos, de paz y muy afables. Formaron sus planes de todo lo visto y registrado, observando estar la entrada del puerto en la altura de 38 grados menos pocos minutos, aunque adentro por el brazo que corre al Norte en breve se halla mayor altura. Concluido el registro, volvieron al puerto de Monterey á mediados de setiembre y nos refirieron todo lo dicho; y preguntando al capitán si le parecia buen puerto, respondió que no era puerto, sino un estuche de puertos que podrian estar en él muchas escuadras sin saber la una de la otra; solo á la entrada y salida se pueden ver por la angostura de ella, y que dentro estarian seguras.

De todo lo dicho dió cuenta á su excelencia con el mapa que de dicho puerto formó el señor comandante del barco, y el venerable padre presidente las gracias y parabienes por las providencias dadas á beneficio de estas espirituales conquistas, dándole noticia de haber nombrado por ministros de las dos misiones, para la de Santa Clara á los padres fray José Murguía, hijo del apostólico colegio, y fray Tomás de la Peña, de la provincia de Cantabria, y para esta de nuestro padre San Francisco al padre fray Pedro Benito Cambon, de la provincia de Santiago de Galicia, y á mí el menor hijo de esa santa provincia de Mallorca; y que nos estábamos previniendo para pasar á las nuevas fundaciones, en cuanto se verificase la llegada de la expedicion de Sonora, para cuya felicidad quedábamos todos haciendo rogativas al Señor.

La noticia que recibió su excelencia del registro de este puerto y las buenas calidades de él, eran mas incentivos para desear la fundacion de estos establecimientos. Pero como es tanta la distancia por tierra desde Méjico, que en sentir del comandante de la expedicion el señor Anza, que lo anduvo varias veces, pasa de mil leguas, y los varios accidentes para una recluta de soldados y pobladores, causan precisamente demora; además que una expedicion de tanta gente y de todas edades que venia, no podian hacer las jornadas largas, fué preciso gastar mas tiempo del que quisieran los deseos de su excelencia; de modo que habiéndose juntado toda la gente de dicha expedicion por setiembre del año de 75 en el presidio de San Miguel de Orcasitas de la provincia de Sonora, y salido toda la expedicion de dicho presidio de San Miguel el 29 de dicho mes, día del santo Príncipe por la tarde, no llegaron á la mision de San Gabriel, á donde fueron á salir hasta el día 4 de enero del siguiente año de 76, habiendo gastado en el despoblado de cristianos y muy

poblado de gentiles, noventa y ocho dias, incluso algunos que dieron en el camino de descanso á las gentes y á las bestias.

En dicha mision de San Gabriel tuvieron la demora, por lo que ya queda insinuado en el capítulo 41, de la ida del comandante con la tropa para San Diego, y concluida la diligencia dejando al señor comandante Rivera doce soldados, subió para Monterey con toda la demás gente, á donde llegó con toda felicidad el día 10 de marzo, y el siguiente fuimos á cantar misa de gracias, que cantó el padre predicador fray Pedro Front, misionero del apostólico colegio de la Santa Cruz de Querétaro, ministro de las misiones de Sonora, que vino como capellan de dicha expedicion; y en dicho presidio tomó asiento y descansó la gente hasta junio, como diré después.

Traia el señor comandante Anza encargo de su excelencia, de que verificada la llegada á Monterey, pasase con el comandante Moncada al registro de las cercanías del puerto para señalar los sitios para la ubicacion del presidio y misiones; pero habiéndosele excusado el comandante Rivera, por decir ser precisa su asistencia á San Diego por las ocurrencias circunstancias, cediendo su parecer al del comandante Anza en todo y por todo, pasó este al registro llevando consigo á don José Moraga, teniente capitán nombrado comandante para el nuevo presidio, y una partida de soldados; y concluido el registro y señalados los sitios, se retiró á Monterey comunicando lo practicado al comandante Rivera, por carta en que le decia que procurase cuanto antes verificar las fundaciones como encargaba su excelencia, y que si no podia desocuparse tan breve, que diese la comision al dicho teniente Moraga que habia asistido en el registro; y que convenia no hubiese demora por lo disgustada que se hallaba la gente en Monterey por no ser aquel su destino. Con estas diligencias dió por concluida su comision el señor teniente coronel don Juan Bautista de Anza, y se regresó para Sonora con los diez soldados que habia traído para el efecto de su regreso, y pasó á Méjico á dar cuenta al excelentísimo señor virey de su comision que le habia encomendado.

CAPITULO XLV.

FUNDACION DEL PRESIDIO Y MISION DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

En cuanto el comandante recibió la carta del señor Anza, envió desde San Diego la orden al teniente Moraga para que pasase con toda la gente venida de Sonora á la fundacion del presidio de este puerto de nuestro padre San Francisco; la que recibida, hizo saber á todos á fin de que se dispusiesen para el día 17 de junio. A los pocos dias de publicada la orden, entraron al puer-

to de Monterey los dos paquebotes con los víveres, memorias y avíos. Traia la orden el capitán del Príncipe, de dejar parte de la carga y bajar con la demás al puerto de San Diego; con el que determinó bajar el venerable prelado, logrando la ocasion, como ya queda dicho en el capítulo 42.

Asimismo el comandante y capitán del paquebot San Carlos, que lo era el teniente de navío don Fernando de Quirós, traia la orden de su excelencia de dejar en Monterey lo perteneciente á dicho presidio, y con la demás carga subir á este puerto para auxiliar las fundaciones. Determinó el venerable padre presidente que los dos misioneros para la mision de nuestro padre San Francisco viniésemos con la expedicion de tierra, que aunque no habia el comandante Rivera enviado la orden para la fundacion de las misiones, consecuente á que tenia en San Diego los doce soldados, que era la escolta perteneciente á las misiones; pero que no podia ser mucha la demora, y que en fin, puestos con todos los avíos en este puerto, obraríamos segun nos dictase la prudencia. En vista de esta determinacion, embarcamos en el paquebot todo lo perteneciente á esta mision de nuestro padre, dejando solo el ornamento y capilla de campo, y lo muy preciso para el viaje de cuarenta y dos leguas por tierra para caminar con la expedicion sin tanto embarazo de cargas.

Salió dicha expedicion de tierra del presidio de Monterey el día señalado 17 de junio de dicho año de 76, la que se componia del dicho teniente comandante don José Moraga, de un sargento y diez y seis soldados de cuera, todos casados y con crecidas familias, de siete pobladores tambien casados y con familias, de algunos agregados y sirvientes de los dichos, de vaqueros y arrieros que conducian el ganado vacuno del presidio, y la recua con víveres y útiles precisos para el camino, dejando la demás carga en el paquebot que se iba á hacer á la vela. Y por lo perteneciente á la mision, nos agregamos los dos misioneros arriba dichos, dos mozos sirvientes para la mision, dos indios neófitos de la antigua California, y otro de la mision de San Carlos, á fin de ver si podría servir de intérprete; pero como se halló ser distinto el idioma, solo sirvió de cuidar las vacas que se trajeron para poner pié de ganado mayor. Siguió toda la dicha expedicion para este puerto.

Cuatro jornadas antes de llegar al puerto, en el grande llano nombrado San Bernardino, caminando la expedicion acordonada, divisaron una punta de ganado grande que parecia vacuno, sin saber de dónde podia ser ó haber salido: fueron luego unos soldados á cogerlo para que no se alborotase el ganado manso que llevábamos, y acercándose vieron no ser ganado vacuno, sino venados ó especie de ellos, tan grandes como el mayor buey ó toro, con una cornamenta de la misma hechura ó figura que la del venado; pe-

ro tan larga que se le midieron de punta á punta diez y seis palmos. Lograron los soldados matar á tres, que cargaron en mulas hasta la parada en donde habia agua, que distaba como media legua, y queriendo llevar uno entero, no pudo una mula sola cargarlo, y fué preciso á trechos remudar las mulas, y así pudo llegar entero y tuvimos el gusto de ver aquel animal, que parecia un monstruo con tan grandes astas; y tuve la curiosidad de medirlas, y hallé que tenian de largo las cuatro varas dichas: reparé que abajo de cada ojo tenia una abertura, que parecia tenia cuatro ojos, pero vacíos los dos de abajo, que parece ser por donde lacriman: dijéronme los soldados que los corrieron, que habian observado que su correr es siempre por donde viene el viento; sin duda será porque el mucho peso de tan grandes astas, que extendidas con tantas puntas forman como un abanico, si corriesen contra el viento lo habia ó de tumbar ó de impedir el correr con tanta ligereza como corren, de modo que de quince que divisaron solo pudieron los soldados con buenos caballos alcanzar á tres. Con lo que tuvo la gente que comer para algunos dias, de la que hicieron cecina, y á muchos les duró hasta el puerto. Es la carne muy sabrosa y sana, y tan gordá que del que llegó entero sacaron un costal y medio de manteca y sebo. Lllaman á estos animales ciervos, para diferenciarlos de los demás ordinarios como los de España, que aquí llaman venados, que los hay tambien por las cercanías de este puerto con abundancia y grandes, y algunos de ellos que tira el color á amarillo ó alazan.

En dichos llanos de San Bernardino, que están en la medianía de los dos puertos de Monterey y San Francisco, como tambien en los llanos mas inmediatos al de Monterey, hay otra especie de ciervos ó venados del tamaño de unos carneros de tres años; son de la misma figura que los venados, con la diferencia de tener las astas chicas, y de pierna tambien corta, como el carnero: estos se crían en los llanos, y van en bandadas de ciento, doscientos y mas, corren por los llanos todos juntos, que parece que vuelan, y siempre que ven pasajeros van las bandadas á cruzar por delante; pero no es fácil el cogerlos en el llano, no obstante que los soldados no dejan de hacer la diligencia y logran algunos, con lo que han ideado de dividirse los cazadores todos con buenos caballos mirando la carrera unos arriba, y otros abajo espantándolos para cansarlos sin cansar los caballos, y en cuanto observan que alguno de ellos se queda atrás de la manada, que es señal de cansancio, salen á caballo, y logrando apartarlo de la manada, lo tienen seguro, y lo mismo sucede cuando logran el meterlos en las lomas ó cerros, porque solo en los llanos son ligeros, al contrario del venado. Lllaman á los dichos animales verrendos: de estos hay muchos tambien en las misiones del Sur, en las que tienen llanos; pero de los ciervos grandes

solo se han hallado desde Monterey y exclusive por arriba; de lo que se alegraron mucho los soldados y vecinos que componian la expedicion; y habiendo descansado un dia en el paraje nombrado de las Llagas de Nuestro Padre San Francisco, siguió la expedicion para este puerto.

Dia 27 de junio llegamos á la cercanía de este puerto, y se formó el real, que se componia de 15 tiendas de campaña á la orilla de una grande laguna que vacía en el brazo de mar del puerto, que interna quince leguas al Sueste, á fin de esperar el barco para señalar el sitio para el presidio, segun el fondeadero. En cuanto paró la expedicion ocurrieron muchos gentiles de paz, y con expresiones de alegrarse de nuestra llegada, y mucho mas cuando experimentaron la afabilidad con que los tratamos y los regalitos que les haciamos para atraerlos, así de avalorios como de nuestras comidas, frecuentaron sus visitas trayéndonos regalitos de su pobreza, que se reducian á almejas y semillas de zacates (yerbas silvestres).

El dia siguiente á la llegada se hizo una enramada y se formó un altar, en el que dije la primera misa el dia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y mi padre compañero inmediatamente celebró, y continuamos diciendo misa todos los dias del mes entero que nos mantuvimos en dicho sitio, en cuyo tiempo, que no pareció el barco, nos empleamos en explorar la tierra y visitar las rancherías de los gentiles, que todos nos recibieron de paz y se expresaban alegres de nuestra llegada á su tierra; se portaron corteses volviéndonos la visita, viniendo rancherías enteras con sus regalitos, que procuramos recomendar con otros mejores, á los que se aficionaron luego.

En el registro que hicimos vimos que nos hallabamos en una península, sin mas entrada ni salida que por el rumbo entre Sur y Sur Sueste, que por todos los demás vientos estábamos cercados del mar. Por el Oriente tenemos el brazo de mar que interna al Sueste, aunque por no tener este mas que unas tres leguas de ancho, se ve la tierra y sierra de la otra banda muy clara. Por el Norte está el otro brazo de mar, y por el Poniente y parte del Sur el mar Grande ó Pacífico y ensenada de los Farallones, en que está la boca y entrada de este puerto.

Viendo la tardanza del barco, se determinó empezar á cortar madera para las fábricas del presidio cerca de la entrada del puerto, y para las de la mision en este mismo sitio de la Laguna en el plan ó llano que tiene al Poniente. Viendo que al mes de llegados al sitio no parecia el barco ni la orden del comandante Rivera con la remesa de los soldados, determinó el teniente dejarnos seis soldados para escolta en este sitio señalado para la mision, como tambien dejó dos vecinos pobladores, y él se mudó con toda la demás gente cerca de la entrada del puerto, para

empezar á trabajar interin llegaba el paquebot.

Este entró en el puerto el 18 de agosto, habiendo sido la causa de la demora los vientos contrarios, que lo hicieron bajar hasta los 32 grados de altura. Con la ayuda de los marineros, que el comandante del paquebot repartió al presidio y mision, se hizo para el presidio una pieza para capilla y otra para almacen para custodiar los viveres, y en la mision otra pieza para capilla, y otra con sus divisiones para vivienda de los padres, y los soldados hicieron sus casas así en el presidio como en la mision, todo de madera con su techo de tule.

Hizose la solemne posesion del presidio el dia 17 de setiembre, dia de la impresion de las llagas de nuestro padre San Francisco, patron del presidio y puerto. Canté dicho dia la primera misa después de bendita, adorada y enarbolada la santa cruz, y concluida la funcion con el *Te Deum*, hicieron los señores el acto de posesion en nombre de nuestro soberano, con muchos tiros de cañones de mar y tierra, y de fusilería de la tropa.

Dilatose la posesion de la mision, esperando llegase la orden del comandante Rivera, é interin venia determinaron los señores comandantes del nuevo presidio y paquebot hacer una expedicion por mar para registrar el gran brazo de agua que entra en el puerto, y se interna rumbo al Norte y entra por tierra, á fin de registrar el grande rio de nuestro padre San Francisco, que vacía en la ensenada de los Farallones del mar Grande por la boca del puerto. Salieron para el registro, convenidos en el punto en que se habian de ver para seguir la lancha para el rio Grande, y la de tierra caminando por la orilla de él.

Fué con la lancha el señor capitán del paquebot don Fernando Quirós, teniente de navío, con su primer piloto don José Cañizares: con los dichos fué mi padre compañero fray Pedro Benito Cambon para tratar y comunicar con los gentiles: navegaron para el Norte hasta ponerse en una punta de tierra en donde se habian de unir ambas expediciones para seguir en conserva el registro. El mismo dia salió el comandante del presidio con la tropa que juzgó necesaria, y caminaron para el Sueste á vista del grande estero ó brazo de mar hasta llegar al término de él, que tiene de largo quince leguas, en cuya punta hallaron un rio mediano, aunque con bastante agua, el que se llamó de Nuestra Señora de Guadalupe. Subiendo algo hácia el Sueste, les dió lugar para cruzarlo á caballo, y puestos á la otra banda del brazo de mar, viendo que tenian que desandar las quince leguas para ponerse á vista y paralelo del puerto, y después tenian que subir para la costa hasta la punta citada para el punto de union con la expedicion de mar, para ahorrar viaje, teniendo á la vista una abra que les ofrecia la sierra con cañadas entre lomas, determinaron entrar por la cañada, á fin de juntarse mas breve con la expe-

dicion de mar, pero les salió al contrario, pues esta fué la causa porque no se pudieron ver en todo el viaje; porque siguiendo por las cañadas que forman la sierra, fueron á salir á una grande llanura muy lejos de la playa, y mucho mas del punto de union para encontrar la expedicion de mar; y considerando que para ir á buscarla se pasaria el tiempo señalado para la union, determinó seguir por aquel dilatado llano, por el que vió corrian cinco rios, que conoció lo serian por las arboledas que de lejos veia, y juzgó correrian por ellas rios, que todos culebreando y viniendo de distintos rumbos, iban á dar hácia el puerto. Caminaron para la primera calle de arboleda que veian, y hallaron era un grande rio todo poblado de grandes y distintos árboles; subieron por su orilla, no atreviéndose á cruzarlo por la mucha agua que traia; hallaron por las orillas algunas rancherías de gentiles, que se manifestaron todos de paz, con quienes comunicaron, y los regalaron con avalorios, á lo que correspondian con pescado, y algunos de ellos los acompañaron rio arriba.

Habiéndoles dado á entender por señas que deseaban cruzar el rio, les dijeron que por allí no se podia, que era menester subir mas arriba; así lo hicieron, y lograron el cruzarlo, aunque con mucho trabajo, y solo por un vado que les enseñaron los indios, que cruzaron con ellos: caminando por aquel dilatado llano, que por ningún rumbo se divisaba cerro, sino que por todos vientos se les hacia horizonte, naciendo y poniéndose el sol como si estuvieran en alta mar, hallando toda la tierra despoblada de gentiles, sin duda por la falta de agua y leña; y solo encontraron gentiles arrimados á la caja del rio por el beneficio del agua y leña; y para librarse bajo la sombra de la grande arboleda de los excesivos calores que hace en aquellos inmensos llanos, como tambien para pescar en el rio, que abunda de pescado, y para la matanza de ciervos, que hay tantos que parece haber estancias de ganado vacuno que patea no muy apartado del rio, así por estar mas verde el pasto y tener á mano la agua, como para tener cerca el refugio, cuando se ven perseguidos, de tirarse al rio y pasar á nado á la otra parte, aunque no les faltan ardidés á los gentiles para cogerlos, manteniéndose mucha parte del año de dicha carne.

Viendo el comandante serle imposible el pasar adelante en el registro de los demás rios, ni del que cruzó para poder ver de dónde venia, se contentó con lo visto y se volvió para este presidio y nos refirió todo lo dicho, y que segun le parecia venia dicho rio de los grandes tulares y de la mucha agua que se ha hallado tras de las misiones de San Antonio y San Luis, rumbo al Oriente.

La expedicion de mar navegó en derechura á la punta en donde se habia de ver con la de tierra; y habiéndose detenido mucho mas tiempo del señalado y que no parecia, registraron la costa,